

son dedicados en los ranchos de los gefes á los mas duros y penosos trabajos, y muchos se mueren de fatiga.

En Chan Santa Cruz casi todo es misterioso. El espionaje está admitido como sistema, y se formó de esta manera una especie de policia secreta. Los triunviros se espían entre sí; los generales hacen lo mismo. Uno de ellos es gefe de los espías. Los indios le llaman «tata Nohoch Oul». Hay en Chan Santa Cruz 400 hombres de guarnicion. Desde que entra la noche se colocan centinelas por todas partes, pero no aparecen, están en cuclillas, apoyados sobre su arma, tras de las albarradas y tras de los árboles.

Las armas de los indios son fusiles de chispa, y machete: sus vestidos son por lo general calzoncillos solamente.

Ejecutan sus escursiones con una rara rapidez. En Setiembre de 1862 invadieron los bárbaros el pueblo de Junkas, del partido de Izamal, y fué tan secreta su marcha entre las líneas de las fuerzas yucatecas y tan rápido su ataque, que no pudo evitarse que cayese indefensa casi toda la poblacion. La expedicion vino al mando de Claudio Novelo, ahora tatic en Chan Santa Cruz, que estaba preso en Valladolid. En este tiempo era general. Hizo un copioso botin y numerosos prisioneros. Va-

rios de aquellos desgraciados fueron sacrificados en diferentes puntos del tránsito y en el mismo Chan Santa Cruz.

Tambien el 28 y 29 de Noviembre de 1864, hicieron una incursion con una fuerza de 600 hombres; en la parroquia de Peto mataron 39 habitantes, hirieron 11 y se retiraron despues de haber encontrado una resistencia enérgica, sin hacer un botin de importancia. El pequeño pueblo de Ono-chel se defendió con su guarnicion de 25 hombres, unidos á la poblacion, con mucho valor, y rechazaron todos los ataques.

En todos los lugares se encuentran señales de su paso. Yo he visto con mis propios ojos estas señales de destruccion y de barbarie; entre otras ciudades, Ichmul y Tihosuco están completamente abandonadas; la yerba crece en las casas ó ruinas, y los animales feroces tienen allí sus guaridas. El pueblo de Nenela ha desaparecido y no existe otra cosa de él mas que la iglesia.

Tan tristes resultados dieron el despotismo y la mala enseñanza con que se trataba á estos indios que, gobernados por algunos gefes feroces, y no conociendo ni el bien ni las conveniencias de la vida humana, persisten en sus obras de iniquidad y supersticion.

FED. ALDHERRE.

ESTADISTICA

DE LOS TRES DISTRITOS DE LA LINEA DEL ORIENTE EN YUCATAN.

DISTRITOS.	POBLACION.		PUEBLOS.		HACIENDAS.		RANCHOS.	
	AÑOS.		AÑOS.		AÑOS.		AÑOS.	
	1846.	1862.	1846.	1862.	1846.	1862.	1846.	1862.
Valladolid.....	50,760	15,892	26	18	117	21	115	62
Espita.....	18,691	12,055	7	7	37	41	215	174
Tizimin.....	28,017	7,522	16	5	39	7	170	53
Total.....	97,468	35,469	49	30	193	69	500	289
Diferencia ménos por el año de 1862.	"	61,999	"	19	"	124	"	211

NOTAS.

Para la defensa contra los indios bárbaros, Yucatan está dividido en tres distritos diferentes, que se llaman líneas de defensa.

Estas son la línea del Sur, la línea de Oriente y la línea del Centro.

La del Sur empieza en Tekax; ocupa Peto, Tixcocab, Onoocel, Ichmul y Tihosuco. Las fuerzas militares de esta línea están compuestas de la milicia que se releva cada mes. Mientras que están bajo las armas, reciben el sueldo de real y medio diario.

La línea del Centro ocupa Tunkas, Chichen, Cacalchen y Motul, con la comandancia superior en Izamal.

La línea del Oriente ocupa Tixcacalcupul, Valladolid, Espita y Tizimin: su cuartel general está en Valladolid. Las tropas de esta línea son fijas y forman un batallon de una fuerza de casi quinientos hombres.

Las armas de la milicia son el fusil de chispa con la bayoneta. El vestuario es el de los otros habitantes del país. Esta tropa presta muy buenos servicios al país, y en muchas ocasiones opuso una muy buena defensa á los bárbaros.

La tropa fija es mejor disciplinada y vestida; pero no hace tan buenos servicios como la milicia.

Fuera de estas fuerzas militares, los mismos habitantes de los pueblos amenazados por los invasores, se tienen sobre un pié de defensa; mientras que la mitad trabaja en los campos, la otra mitad armada cuida el pueblo y establece centinelas en el punto mas alto, y exploran el país.

La importancia del artículo que precede y de los datos que lo acompañan, me ha sugerido hacer algunas ampliaciones que pueden ser de alguna utilidad para las providencias que es necesario dictar, si quiere evitarse que dentro de pocos años desaparezca enteramente la raza blanca y civilizada.

En los años de 1851 y 52, es decir, después de seis años de luchas diarias y sangrientas, se creyó apaciguada la guerra por la parte del Sur de la Península. Chan Santa Cruz era entonces una ranchería de tan escasa importancia, que solo era conocida por una Cruz, á la que daban fama de parlera y milagrosa, y que adoraban los indios con el fanatismo que les es peculiar. Cesó por entonces la afluencia de peregrinos á aquel lugar, porque D. Rómulo D. de la Vega, en una incursión al Bacalar, pasó por aquella ranchería y se llevó consigo la Cruz.

Un año después encendieron de nuevo la guerra los del Oriente, alentados por la tribu de Maven; y rechazados por las tropas del Estado, emigraron hacia el Sur, repoblando aquellos bosques y estableciéndose en Santa Cruz algunas familias.

La importancia que fué adquiriendo esta población, obligó al gobierno en 1854 á ocuparla; la primera vez tuvieron las tropas que abandonar el punto por la gran distancia á que se encontraban de la línea militar de Valladolid, y la segunda que hacerlo por haberse desarrollado entre ellas el cólera; y esta ocasión sufrieron la desgracia de ser batidos y dispersados completamente á su retirada, dejando en el campo á sus heridos y enfermos, que fueron horriblemente asesinados. El coronel Auz y el teniente coronel Vergara, gefes de aquellas fuerzas, quedaron muertos en el campo.

Enorgullecidos los indios con este des-

calabro, proyectaron sorprender el importante pueblo de Yaaxcabá, situado al interior de la línea; se intentó entonces sorprenderlos en su tránsito, y al ser derrotados, perseguirlos hasta Santa Cruz y quemar las poblaciones; pero la falta de uno de los gefes en concurrir con sus tropas el día señalado al punto en que se les dió el ataque, dió el funesto resultado de que la única seccion que entró en combate tuviera que retirarse del campo, perdiendo no solo la oportunidad de concluir con aquella guarida, sino también la poca moral que aun existía en los soldados.

En esas circunstancias tuvieron la habilidad los gefes indios de añadir á esa victoria la noticia de la aparición de una nueva Cruz. Renováronse los milagros de la antigua y aun en mayor escala, porque esta sudaba, gemía y pronunciaba contra los blancos terribles predicciones. La consecuencia de esta superchería fué una gruesa expedición que hicieron sobre la ciudad de Tekax y otros pueblos y rancherías que lograron sorprender y saquear, asesinando cruelmente mas de *dos mil personas* de distintos sexos y edades.

A poco tiempo aparecieron sitiando la ciudad de Valladolid; y si bien esta vez fueron rechazados, fué á costa de numerosos sacrificios y de las vidas de miles de ciudadanos.

Ante tal osadía se hizo necesario hacer un esfuerzo. En 1860 organizó el gobierno del Estado una columna de mas de 3,000 hombres para tomar á Chan Santa Cruz, cuya fuerza estaba apoyada por las líneas militares. Los indios para defender su población, establecieron en el camino que debían seguir las tropas veinticuatro trincheras distantes una milla una de otra. Una guerrilla de los nuestros, compuesta de 300 hombres, tomó las cuatro primeras con

valor; pero la inexperiencia del jefe principal de haber encomendado á tropas bisoñas un encargo tan peligroso, dió por resultado que amilanada de tantos combates, temerosa por su número tan reducido y por la muerte del comandante, empezase á retroceder. El camino estaba ya obstruido con árboles talados, según costumbre de los indios, lo que obligó á la tropa á dispersarse por el bosque y entrar en Chan Santa Cruz en completa derrota.

Al segundo día fué renovado el ataque; pero impresionada la tropa con el descalabro anterior, se desbandó á los pocos tiros certeros de los indios que estaban emboscados.

El coronel Acéreto, á cuyas órdenes iba la división, no se desanimó con estos reveses, sino que á la cabeza de ochocientos hombres y 500 hidalgos, avanzó hasta tres ó cuatro leguas, haciendo verdaderos prodigios de valor en los ataques de las trincheras. Acéreto se habia propuesto tomarles el pueblo de Ximantunich, á donde los indios se habian concentrado; y estos, que lo comprendieron, aglomeraron sus fuerzas sobre aquel camino, y opusieron una resistencia tan tenaz, que en todo el día no dejaron respirar un solo momento á aquellas tropas. Por la noche se vieron obligadas á retroceder, salvando con grandes trabajos á sus heridos, y alcanzando á duras penas á Chan Santa Cruz, con pérdida de casi la tercera parte de su gente.

A consecuencia de tan repetidos ataques, la división entera cayó en desaliento, y la desmoralización fué tan grande, que desaparecían del campamento á bandadas soldados y oficiales. La retirada fué indispensable. El jefe tuvo poco tino en ella, dando ocasión á que cayeran todos los heridos en poder de los bárbaros, quienes cruelmente los sacrificaron. Las pérdidas sufridas ascendieron á 1,500

hombres de buena tropa muertos en acción y asesinados, 2,500 fusiles, la artillería con sus trenes, mas de 300 mulas, los víveres y parque.

Estos descalabros concluyeron con los recursos del Estado, y para siempre con la moralidad del soldado. Desde entonces la tropa considera la comarca de Chan Santa Cruz, como una tierra maldita, mientras que los indios la consideran invulnerable y la defienden con una ciega confianza en el triunfo.

Después de estos tristes acontecimientos, el Estado se vió imposibilitado de tomar la ofensiva, y sus esfuerzos se limitaron á repeler los ataques de sus enemigos, no siempre victoriosamente, porque algunos pueblos desaparecieron bajo la tea incendiaria de la barbarie.

Entonces fué cuando Salazar Harregui llegó á esa península con el carácter de comisario. Creyó en los primeros tiempos de su gobierno en la humildad y sufrimiento de esa raza, y que solo hostigada por los nuestros hacia armas para defenderse.

Con la cabeza llena de ilusiones, y contando por ciertas las patrañas referentes al grande amor que conservaban los indios hacia el poder monárquico, trató de calmarlos con palabras de amor y caridad; y al efecto mandó á los del Sur un agente á quien dió el nombre de subcomisario.

Abrigaba el pueril convencimiento de que solo el nombre del imperio bastaría para encarrilarles por la senda de la paz y de la civilización.

El agente, tan pronto como llegó á las inmediaciones de los pueblos sublevados, con pretextos y promesas, conquistó unos cuantos indios pacíficos, pero ladinos, para llevarlos á Mérida, presentándolos como comisionados de los sublevados para protestar ante Maximiliano su sumisión y vasa-

llage. La poblacion entera denunció el engaño; pero el comisario, sin querer escuchar la verdad, mandó á esta capital al agente con sus *comisionados ad hoc*, que fueron recibidos por Maximiliano con la solemnidad y aparato que todos sabemos.

De regreso á Yucatan, el agente volvió á dirigirse al Sur, donde al cabo de poco tiempo fué *macheteado* por los indios.

Alentados los rebeldes por la debilidad de las erróneas creencias de Salazar, atacaron con vigor varios pueblos cercanos á las líneas militares, y fué preciso que de nuevo quemaran á los hombres y clavaran en estacas á las mugeres, cortándoles el seno, y condenándolas á estos martirios horriblos para que al fin prescindiera aquel de su soñada gloria de pacificación y mandara al general imperialista Gálvez para que con mil hombres de los batallones que fueron de aquí, auxiliado por 400, naturales del país, avanzase hasta el pueblo de Xonot, distante unas seis leguas del canton militar de Tihosuco.

Efectivamente, fué ocupado, pero por la escasez de víveres y el asedio que inmediatamente les pusieron, tuvo Gálvez que abandonarlo, siendo derrotado en su retirada, con pérdida de las tres piezas de artillería que llevó, todo el parque y mas de 400 hombres.

Al poco tiempo de este descalabro, sitiaron nuestro canton militar de Tihosuco, recientemente fortificado por el ex-general Castillo. Cincuenta y siete dias consecutivos los 350 hombres que lo guarnecian estuvieron batiéndose, y solo una vez pudieron burlar la vigilancia de los sitiadores para hacer llegar sus comunicaciones al pueblo mas inmediato.

El riesgo era tan inminente, y el temor de ver asediado á Mérida tan próximo, que los ciudadanos todos se armaron, organi-

zándose en milicias y treinta mexicanos deportados allí por el imperio, no obstante sus antipatías por este, llegado el caso, hubieran hecho armas contra los rebeldes, porque en aquellos momentos no se trataba de sostener instituciones, sino de defender la humanidad.

La Providencia fué la única que salvó á estos valientes, que ya faltos de recursos y cansados de combates, perdieron la esperanza de ser auxiliados. El general imperialista Prieto, á quien se mandó en auxilio de ellos, tardó mas de doce dias en andar veinte leguas, y seis millas distante de Tihosuco retrocedió con sus fuerzas, protestando haber visto columnas de humo que indicaban haber sido tomada la poblacion.

Afortunadamente al dia siguiente de haber emprendido Prieto su retirada, levantaron el sitio, y pudieron nuestros soldados, hambrientos y llenos de fatiga, replegarse á la línea inmediata.

Excusado es decir que Tihosuco fué inmediatamente ocupado por los bárbaros.

Desde el asedio de este pueblo, nuestra línea ha retrocedido quince leguas, siendo hoy el punto mas avanzado la villa de Peto. El pueblo de Ichmul, que formaba parte de nuestra línea militar, lo hemos perdido, y ha sido completamente arrasado.

Para concluir esta ligera reseña, debo hacer constar que Yucatan y Campeche contaban en 1848 con cinco ciudades florecientes, ocho villas, ciento noventa y un pueblos, mil doscientas sesenta y cinco haciendas, y mil seiscientos sesenta y tres ranchos de caña y corte de madera. De esas ciudades se perdieron Izamal, Valladolid y Tekax, y mas de las dos terceras partes de los pueblos, haciendas y ranchos, que han desaparecido completamente. El heroico esfuerzo de la guardia nacional en

el año de 1848, logró recobrar á costa de mucha sangre y de inmensos sacrificios esas tres ciudades y algunos puntos en que hubo pueblos; pero estos últimos han vuelto á caer en poder de nuestros enemigos.

Parece increíble que en una lucha tan dilatada no haya habido oportunidad de encontrar á los indios desprovistos de elementos de guerra, sino que al contrario, siempre hubiesen estado mas abundantes que nosotros. La causa, ni para nosotros ni para el gobierno general ha sido nunca un secreto.

Los ingleses de la colonia de Belice, habiendo agotado la caoba de su territorio, empezaron á comprársela á muy buen precio á los vecinos de Bacalar; pero no queriendo seguirles proporcionando ese medio de hacer fortuna, adelantaron su corte de madera hasta medio grado al Norte sobre el 18° de latitud y el 83° de longitud occidental del meridiano de Cádiz, que es el que marca la division de límites conforme á los tratados celebrados con Inglaterra por España en 1799. Pero la ambición de ellos no se contentó con esta infracción que seguramente no les daba toda la seguridad que apetecian, y la sublevacion de los indios en 1846 les abrió un campo mas dilatado para saciar su avaricia y para extender su territorio.

Ellos fueron los que por las alhajas de las iglesias y de los particulares, y de toda clase de efectos que robaban los indios en sus incursiones, les daban en cambio pólvora y fusiles, y ellos los que por per-

misos para cortar madera en terrenos mexicanos, les dan en retribucion toda clase de elementos de guerra. El gobierno de esa colonia ha celebrado oficialmente convenciones con ellos, considerándolos como beligerantes en la atroz guerra que á la civilizacion hacen en un Estado de la república; y por último, el superintendente de esa colonia ha puesto precio á las cabezas de varios agentes del gobierno del Estado de Yucatan, que en las costas capturaron á los indios una canoa cargada de pertrechos de guerra que traian de Belice. El edicto fué fijado en las esquinas de las calles de esa poblacion, y uno de ellos ha sido remitido al supremo gobierno.

Las protestas y reclamaciones que repetidas veces se han dirigido al superintendente inglés de Belice por los gobernadores de Yucatan, y aun por el mismo gobierno de la república al ministro de S. M. B. residente en esta capital, siempre han tenido por respuesta, "que los derechos, franquicias y privilegios del comercio de las colonias, no permitian prohibir ni restringir la venta de cualquier artículo al primer comprador."

La sencilla narracion de los acontecimientos hasta hoy indica la necesidad de providencias enérgicas combinadas entre el gobierno general y el de Yucatan; y en este sentido me extenderia yo, si no fuese agena la materia del objeto del Boletín, habiéndome, pues, ceñido á los sucesos que tienen un mero carácter histórico.

México, Diciembre de 1868.

M. MENDIOLEA.

NOTA.—RECTIFICACION.—Pasamos ya este artículo para su última revision al Sr. Peniche y otros señores diputados de la Península de Yucatan, y nos hicieron la observacion, de que segun los datos estadísticos, los indios sublevados pueden poner sobre 4,000 hombres sobre las armas; así la poblacion toda puede ascender á quince ó veinte mil habitantes en los distritos que conservan bajo su poder.—En las notas que á su estadística pone el Sr. Aldherre, se encuentra el nombre de dos pueblos incorrectamente escrito, pues se llaman *Tremerrac* y *Ynotchel*. Sentimos que estas y otras erratas de menor importancia no se hayan podido corregir, por haberse ya tirado los pliegos cuando el Sr. Peniche nos hizo favor de devolvernos las pruebas.